

Historias de huesos y otros recuerdos de familia (1997-1999)*

Sarandy Cabrera

Nuestra verdadera y definitiva propiedad son los huesos.

R. GÓMEZ DE LA SERNA

Mi testimonio no sirve más que a medias. Ahora mismo, mientras escribo estos recuerdos, siento que a mi inocencia, a los asombros de mi infancia se mezclan mis traiciones y olvidos de hombre, las repetidas muertes de mi vida. No estoy reviviendo estos recuerdos; tal vez los estoy expiando.

A. ROA BASTOS, *Hijo de hombre*

A él no le interesaba el cometa sino en relación con la historia del sobrino leproso. La contaba cambiándola un poco cada vez. Superponía los hechos, trocaba nombres, fechas, lugares, como quizá lo esté haciendo yo mismo ahora sin darme cuenta, pues mi incertidumbre es mayor que la de aquel viejo chocho, que por lo menos era puro.

A. ROA BASTOS, *Hijo de hombre*

1. Historia de huesos

Mirándome las manos, entendí de pronto que toda esta carne desaparecerá y que ese hecho no me preocupaba. Es más, sentía la muerte como una liberación, una paz, una solución de todas las contradicciones y problemas. El hecho de haber colocado los huesos o restos de mi madre en su urna de Rivera me daba serenidad y lucidez para tratar con la muerte sin experimentar angustia alguna. «Morirás» decía Séneca y yo lo aceptaba sin complicaciones, con la mayor naturalidad. Viendo cómo mi padre y mi madre, o mejor dicho sus restos estaban en sus urnas paralelas. Comprendía que los

* Se transcriben fragmentos del primero de los ocho cuadernos que forman parte de la serie «Prosas testamentarias», Colección Sarandy Cabrera, Archivo Literario de la Biblioteca Nacional de Uruguay. Las numeraciones corresponden a las que asignó el autor. Los tres epígrafes que encabezan este cuaderno también fueron transcritos por el escritor.

plazos de sus vidas se habían cumplido y que el vivir y el morir eran un proceso natural, ni dramático ni doloroso, sino simplemente el paradigma de la normalidad del ser. Entendía entonces con lucidez que así es el ser, todo lo que es, y que por lo tanto cumple sus plazos implacables sin que ese adjetivo tenga nada de doloroso o desgarrador. ¡Morirás! Dijo Séneca con serenidad. Este episodio del transporte de los huesos <de mamá>¹ a Rivera me había agregado su luz, su sabiduría, su verdad. Nada más. [...]

3. El testigo

De este relato tengo más de una versión escrita. Pero una de ellas no he podido encontrarla. Sé que se diferencian entre sí en algunos detalles. No siempre es posible recordar «la verdad» tal como es; la memoria cambia, lo cual no quiere decir que miente. Pero <guardamos> diferentes versiones de los mismos hechos. Algo de lo que se cita de Roa al comienzo de estos textos.

Me atengo a uno de los relatos que escribí yo mismo el 16 de julio de 1958. Dice así: (al transcribirlo le hago pequeños ajustes de estilo)

«Me dijo Queca que “el testigo” trabajaba en una estación de nafta llegando al Buceo. Allí paré una mañana de invierno y dije:

—Busco a alguien de Rivera que <además> tiene una cicatriz de bala en un pie.

—Soy de Rivera, pero Ud. busca seguramente a Otazú —me contestan. Entonces ya con Otazú me expliqué. (El anterior era Milano).

Se acordaba perfectamente bien de todo, pese a que habían pasado más de treinta años. Él tenía entonces 11 años. Su familia era conocida de la de Figarola, y el propio Figarola lo había saludado antes del incidente con mi padre.

—Pensé, me dijo, que la cosa era solamente a trompadas cuando oí que Figarola pedía airadamente: “¿Por qué me gritaste ‘vendido?’”. Pero no fue así porque Cabrera ya estaba tirándole a Figarola con un 38 largo, mientras aquel saltaba y se esquivaba y era herido

¹ Los fragmentos agregados entrelíneas se señalan con diples < >.

primero en una pierna, luego en el vientre y finalmente en la cara hasta que a su padre se le cascó el 38 y Figarola lo apuñaló. Figarola venía de carnear y llevaba una cuchilla de doble filo con la cual terminó a su padre de una puñalada en el corazón. La madre de aquel niño <que yo era> (Otazú) llevó agua a su padre moribundo en el suelo —me dijo Otazú>.

No conocí a mi padre, no tengo recuerdo alguno de él. Yo tenía solo dos años en el momento de este episodio. Era Rivera en 1925.

Era casi una víspera de elecciones (28 de noviembre) y ahora yo venía de encontrar al niño, ya hecho hombre, que habiendo sido testigo del incidente resultó herido por uno de los tiros de mi padre que intentaba matar a su matador. O sea que yo encontraba pues al «testigo». [...]

5. El apellido familiar

Ya hemos dicho que la figura estelar de la familia en lo que a mí atañe, por lo menos, fue y es el abuelo Advíncula. Es decir, Félix Advíncula Cabrera (y) González. Pero lo curioso es que ese Cabrera estelar no firmaba nuestro apellido sino Advíncula C y González, donde el Cabrera se había reducido a una «C» solamente, aunque sí mayúscula. Pero el apellido familiar había desaparecido con él si no lo hubieran adoptado y vitalizado los hijos y los nietos del abuelo. Es decir, los Cabrera Silva o Cabrera y Silva, los Cabrera Piñón, los Cabrera Sureda, etc.

¿Cuál habría sido el origen de la desaparición del apellido Cabrera <en> el abuelo? Desaparición tan total que a él se llamaba «el Sr. González» y él mismo hablaba por teléfono, por ejemplo, diciendo de sí «habla González», es decir que él había renunciado a su apellido de familia Cabrera.

Alguna vez, siendo yo un joven (que ya tenía 17 años cuando él murió en el año 40 en su apartamento de Colonia 1707 casi Magallanes) le pregunté por esta supuesta anomalía que él me contestó con naturalidad diciéndome: «Muerto mi padre cuando era niño, pasé a vivir con la familia de mi madre, los González y entendí que era homenaje de afecto llevar el nombre familiar y así lo hice». Cosa que yo creí. Sin embargo, vistas las grandes condiciones dialécticas

del abuelo, <hoy> me permito dudar de aquella explicación que me diera. [...]

6. Cuentos de mi abuelo

El abuelo Advíncula vivió algunos años de su vida en una casa de altos (hoy reformada) en la calle Sierra (ex Fern. Crespo) n.º 1840.

Era la casa típica con el patio de claraboya, 4 dormitorios, comedor, etc. En la pared del fondo del comedor había 2 cuadros en sepia, con temas de leones y tigres. Eran grandes cuadros de 1 m x 1.20 aproximadamente y tenían como particularidad que por delante de los respectivos vidrios había unos barrotes de madera simulando rejas. El efecto <buscado> era que el espectador viera a las fieras fotografiadas como si estuvieran en sus jaulas.

Aparentemente al abuelo le gustaban aquellos cuadros y nos transmitía el misterio de las fieras diciéndonos que, cuando se hacía la noche y nosotros nos habíamos dormido, él abría las rejas y paseaba al león y al tigre por la casa acompañándolos. Naturalmente nosotros <niños> no los veíamos más que en sus jaulas, porque, al decir del abuelo, muy temprano en la mañana, con la madrugada los animales volvían a sus cuadros. A esta altura de la vida no me acuerdo bien si había uno o dos leones por cuadro, lo mismo que uno o dos tigres.

En la casa del abuelo la mesa para almuerzo y cena se ponía con toda pulcritud. Mantel blanco obligatorio, cubiertos de plata, grandes servilletas con servilleteros plateados, apoya cubiertos, copa de agua y copa de vino, etc. El almuerzo tenía su ritual y sus modelos que el abuelo imponía. Para él aquella presentación era motivo de fruición. En las mismas había muestras de humor en la comida. Si un niño había comido debidamente su plato, el abuelo lo premiaba con una moneda de un vintén (2 centésimos) que aparecían misteriosamente debajo del plato y que para nosotros, niños, antes no había estado allí.

Fenómeno similar ocurría con las tangerinas o mandarinas, dentro de las cuales aparecía misteriosamente un vintén sin que se viera rotura alguna en la cáscara de la fruta. Otro tanto ocurría con las naranjas. Todo aquello formaba el clima de fantasía y misterio que reinaba en la casa del abuelo Advíncula. [...]

13. Serendib = Ceylán = Sri Lanka

El primer día que estaba en Colombo, capital de Ceylán, que así la llamaba yo, debí concurrir, por razones de la Conferencia de la Paz que allí me llevaba, a un acto de masas en un estadio abierto. Era un acto multitudinario y el local, algo así como nuestro Estadio Centenario.

No bien empezó la oratoria empezaron mis sorpresas. Más o menos en cada una de las frases se oía la palabra «Sarandy», hecho que constituía mi sorpresa y desconcierto. Rápidamente, después de haber oído decir «Sarandy» cinco o seis veces, traté de conseguir explicación al fenómeno preguntándolo. Entonces supe que en una de las comunidades raciales de la isla (cingalés, tamil o tamul) el nombre del país es «Serendib», así como en otras —el nombre oficial— es Sri Lanka. Lo de Ceylán es un bautismo extranjero y colonialista, quizá de origen portugués (isla de León) *leão* como final del nombre. Tal vez originado en la bandera que tiene la imagen de ese animal. [...]

Termino con Ceylán o Sri Lanka: en mi estadía, breve estadía en Colombo, compartí la vivienda con Pablo Neruda (era 1957) que iniciaba sus amores con Matilde Urrutia. En mi libreta de apuntes de entonces leo: *sinha* = lion // *sinhala* = lion's people // *sinhala - dvipa* = Isla del pueblo del león. (Ceilao → Ceylán → Ceylon).

Con Pablo fui a visitar la casa donde él había vivido en Colombo. Una casa pequeña, sumergida en un jardín frondoso, sin cerco al frente, ubicada sobre una calle de tierra y arena. Allí el maestro me contó la anécdota de su «boy» que se había enamorado de él y lo acosaba con sus amorosas y ansiosas miradas pese a su condición subalterna de «mucamo». En una situación sin salida, apareció la madre de aquel menor que lo andaba buscando por la isla. El joven no tenía más que 16 años y tuvo que aceptar la decisión materna de llevarselo.

Cuando se iba —me contaba Neruda— conducido por su madre, me lanzaba ansiosas miradas de amor, mientras se iba alejando por esta misma calle, hacia allá —señalaba el maestro—. Y se marchó para mi alivio.

Y agregó Neruda: Esto que te cuento, Sarandy, también se lo conté en los años cuarenta² a García Lorca en Madrid.

Entonces «Federico» (Pablo dixit) exclamó enfervorizado: ¡No haber estado yo allí, no haber estado allí!

17. Las mudanzas

Mi madre se mudaba de casa cada 2 años como máximo. Entre mis 4 años y mis 23 años, es decir, en 20 años aproximadamente, conocí y viví en 11 casas diferentes según la lista al margen.³ Aquellas continuas mudanzas me parecían <entonces> la cosa más natural del mundo y no me preguntaba a qué obedecían.

Mi madre tenía alguna «inquietud» que la movía a cambiar de casa permanentemente. Se argumentaba que tenía que estar cerca de la Universidad de Mujeres donde daba clases y cerca de la Farmacia Victoria donde era la Directora Técnica (Fraternidad y Vidaurreta), pero nunca nos establecíamos en una residencia más o menos estable.

Ya de más grande vi en aquella conducta una anomalía, algo curioso, distinto, expresión de un cierto desasosiego de nuestra madre que sufría seguramente de una manera muy profunda su prematura viudez.

¿Qué le significaría cambiarse de casa? Nunca pude entenderlo, ni se lo pregunté. En algún momento se habló de comprar una casa y mi madre parecía decidida ya que existía financiación, incluida la del B^{co} Hipotecario, pero finalmente todo quedó en nada. Su afán de cambiar de casa prevaleció, era más fuerte que ella, y que todos sus planes posibles si ellos implicaban afincarse en un sitio fijo.

24. Los nombres familiares

Mi abuelo inaugura la línea de nombres no cristianos (no todos) en la familia. Así entre sus hijos hay Washington, Artigas y Lavalleja.

² Así en el original.

³ Sobre el margen derecho de la hoja y numerado del 0 al 11, se lee el siguiente listado: «Gral Luna, D^{go} Aramburú, calle Melo, F^{co} Gómez (quinta) 945, F^{co} Gómez 921, Amado Nervo, Mauá, Félix Olmedo, Uruguayana 2233, 12 de dic., B. Artigas, Manuel Correa (3681), etc.».

Claro que están también María Angélica, Osvaldo y lo mismo otro Advíncula que repitió su nombre y murió de muy niño.

Creo ver en esos nombres el uso de valores humanístico-políticos, de raigambre <anticlerical> patriótica e independentista. Difícil afirmarlo con certeza.

Mi padre por su parte, inaugura la línea que llamaríamos guaranítica y que adopté porque entiendo que sirve como elemento identificadorio.

Para un apellido bastante común como Cabrera, a mi entender, resulta más identificadorio llamarse Sarandy que Juan Carlos o Martín, uno de los nombres de moda entre la pequeña burguesía «bien» de estos días que corren.

La línea que llamaríamos «guaranítica» es continuada con altibajos por las generaciones que le siguieron. En lo que a mí se refiere, puse nombres «guaraníticos» a mis hijos (Arapey, Daymán, Yanduy, Anahy, Yamandú y Nandy). Mi hermano Guarany (Cacho) también siguió aquella línea (Arandú, Arayán y Tacuabé). Pero Querandy (Tape) cedió y se salió del carril. [...]

38. Viena 1985

Cuando se consiguió la liberación de los presos políticos con la ley de Amnistía de 1985, yo estaba trabajando solo en Viena. Alquilaba un apartamentito sobre el río y cumplía un contrato para NU en el VIC (Vienna International Center).

Inés estaba en Suecia ¿o en Ginebra? Sé que no estaba conmigo.

La noticia de la libertad de Daymán y Yanduy fue muy conmovedora. En esas condiciones invité a varios compañeros traductores y fuimos a comer y tomar en un restorán sobre el ring, Hafnersteig 6, 1010 Wien, llamado «El Pulpo», así en español, propiedad de vieneses que habían tenido negocios de comidas en Canarias y que ofrecían «canarische und spanische tapas».

Allí tomamos abundantemente, copa tras copa, botella tras botella, cuando, con la locuacidad que da el alcohol, expliqué al «patrón» del boliche (en español) el motivo del festejo, es decir la liberación de quienes habían pasado 13 años en la cárcel.

Entonces él trajo una botella de cognac que pasó a sumarse a la dosis de alcohol ya bebida y que, ya que estábamos todos sentados, no se podía advertir todavía.

Con aquella botella de cognac, la borrachera que ya estaba en su auge, pasó <todos> los límites. Todos «embebidos» (o sea, en pedo) si nos atenemos a la etimología de la expresión: todos embebidos, donde ni por asomo hay referencia alguna a efusiones gaseosas anales como puede parecer por error. Estábamos «bebidos», «embebidos», «borrachos» simplemente. Doy fe que caminar las cinco cuadras que necesitaba para llegar al departamento donde vivía, me costó enormes esfuerzos, porque a lo que creo, fue la mayor borrachera de mi vida. La cosa se me complicaba porque el portafolios que yo llevaba me desestabilizaba al marchar. Era medianoche. Pero con las idas y vueltas, tropezones y vacilaciones, marchas rectas y desvíos imprevisibles, llegué a destino y dormí la «mona» hasta el día siguiente.

Este episodio <ocurrió> el 11 o 12 de marzo del 85. Yanduy había sido liberado el 1.º de marzo y Daymán el día 10.

38 bis. Autorretrato SC

Hecho en Montevideo a partir de un croquis tomado de una imagen de espejo de unos servicios higiénicos de boliche.

Al entrar al servicio me vi, por un sistema de espejo, de perfil en uno de ellos. En una servilleta secamanos hice el croquis que luego se transformó como aquí se ve. (El croquis de la servilleta aparece al dorso de este retrato que sigue).

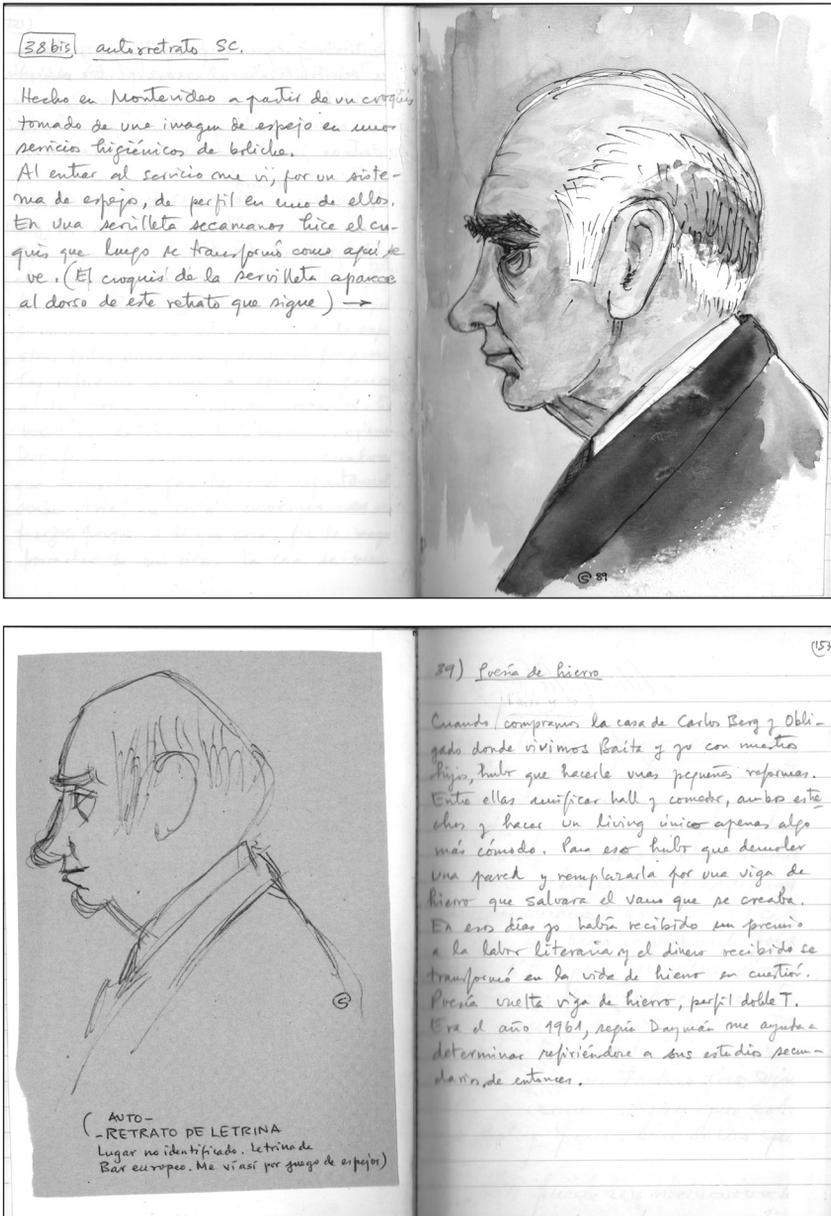


Fig. 1. «Autorretrato de letrina». El croquis fue realizado en un bar europeo, a partir de él dibujó y pintó con acuarela el segundo retrato

39. Poesía de hierro

Cuando compramos la casa de Carlos Berg y Obligado donde vivimos Baíta y yo con nuestros hijos, hubo que hacerle unas pequeñas reformas. Entre ellas unificar hall y comedor, ambos estrechos, y hacer un living único apenas algo más cómodo. Para eso hubo que demoler una pared y reemplazarla por una viga de hierro que salvara el vano que se creaba. En esos días yo había recibido un premio a la labor literaria⁴ y el dinero recibido se transformó en la viga de hierro en cuestión. Poesía vuelta viga de hierro, perfil doble T. Era el año 1961, según Daymán me ayuda a determinar refiriéndose a sus estudios secundarios de entonces.

43. El último escrito

Una vez que haya concluido estas memorias no escribiré nada más, ni prosa ni poesía. No tengo nada más que decir. Marcharé serenamente hacia mi muerte, pensando que aquí queda un legado que alguien, algún día, querrá saber y entender y si así no ocurre, no importa tampoco. Pero a la vez estoy demasiado acostumbrado ya a no ser oído ni tenido en cuenta. En ese aspecto, mi vida y mis trabajos han sido un total fracaso que asumo sereno y lúcidamente. No puedo ocultar que me duele. Allí está todo lo hecho, libros, revistas, periodismo, poesía, conferencias y tanto más, sin aprecio ni valoración por parte del medio. No puedo olvidar que nunca fui un mandarín ni me esforcé por alcanzar posiciones, pero hay un hecho objetivo: mis obras no han sido reconocidas.

Por eso ya no publico nada más, mejor dicho hace tiempo que no publico libro alguno y desde hace poco ni siquiera notas periódicas en *La República*.

Está bien, es suficiente. Sea el silencio.

[No cumplí con el propósito de no publicar nada en *La República* y volví a producir una nota por semana - feb. 2001]

⁴ Un completo CV, fechado en enero de 1997 y que forma parte del cuaderno 6, da cuenta de «tres premios a la labor literaria por parte del Ministerio de Instrucción Pública y Cultura: 1947, 1968 y 1992».